

VISIÓN DE CONJUNTO DE LOS DOMINGOS VII AL VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

(Ciclo C, 2019)

Los tres domingos que siguen coinciden en que, en el evangelio, se da lectura al discurso de Jesús paralelo al que en san Mateo se conoce como sermón de la montaña. En este ciclo, conviene tener en cuenta lo que es peculiar del evangelista san Lucas y no hacer una simple repetición de la enseñanza del sermón de la montaña propio de San Mateo en el ciclo A.

El capítulo 15 de la 1 Cor, del que están tomadas las segundas lecturas, no es de fácil lectura pero contiene aspectos fundamentales de la fe cristiana y conviene acercarse a ellos ayudados de un buen comentario.

Los textos de las primeras lecturas y salmos responsoriales están escogidos como introducción a los evangelios de los domingos correspondientes.

Domingo sexto: El camino de la felicidad.

Las lecturas de hoy ofrecen posiciones antitéticas. Se contraponen la bendición para quien confía en Dios a la maldición para quien confía en el hombre (primera lectura, salmo responsorial); la dicha de los pobres y hambrientos, de los que lloran y son odiados, a los ayes de los ricos y de los satisfechos, de los que ríen y de los que son alabados por todos: evangelio); finalmente, en la segunda lectura, se da una contraposición entre los que no creen en la resurrección de los muertos (algunos corintios) y a los que en ella creen, ya que Cristo ha resucitado (Pablo y toda la tradición cristiana).

Jr 17, 5-8

En su misión evangelizadora, la Iglesia, como el profeta Jeremías, no impone sino que propone un camino de felicidad. El profeta ofrece una sentencia sapiencial que, insertada en un contexto profético, indica con claridad dónde está, para el hombre, la maldición que conduce a la muerte y la bendición que lleva a la vida. Sólo Dios es la felicidad del hombre; por eso alcanza la felicidad quien organiza su vida poniendo en Dios la confianza. La vida del que así procede transcurre por un camino de fecundidad, mientras que quien se encierra en su propio egoísmo permanece en la infecundidad y la aridez del desierto; será como un cardo en la estepa.

La Iglesia es comunidad de creyentes que ponen en Dios su confianza y da testimonio, con la vida, de la felicidad que proporciona esta elección.

1 Co 15,12.16-20

El núcleo del anuncio de la predicación apostólica es también mensaje de vida y felicidad: Cristo vive, ha resucitado. La resurrección de los muertos, contestada por algunos de la comunidad cristiana de Corinto, provoca una tajante afirmación por parte del Apóstol: resurrección de Cristo y

resurrección de los muertos no son temas negociables en la fe cristiana. Se implican mutuamente y constituyen la base en que se sustentan los cimientos de la fe cristiana.

Hemos resucitado con Cristo y participamos, ya desde ahora, en su vida nueva. En consecuencia, todos estamos llamados a trabajar en favor de la vida plena, la propia y la de los demás, y alcanzar así la felicidad que es alcanzable en este mundo, y la que nos está preparada para el futuro definitivo. La fe, operante en las obras y la vida, en el “primer resucitado” es condición indispensable para la vida cristiana. Por eso, cada domingo las comunidades cristianas se reúnen para celebra el “día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal”.

Lc 6, 17-26

En el programa de Cristo, la pobreza no es un bien en sí misma sino la condición para seguirle a él. Sin un corazón de pobre, que se identifica con los pobres, los hambrientos, los que lloran y los que son perseguidos por causa de la justicia, no es posible alcanzar la felicidad que Cristo propone y da a los que estén dispuestos a seguirlo. La oferta de Iglesia en el mundo de hoy no puede ser otra que la de Cristo, hecha con obras y palabras. Una característica del enunciado de las bienaventuranzas en el evangelio según san Lucas es la enumeración de “bendiciones” y “maldiciones” paralelas a las del texto de la lectura de Jeremías. Las palabras de Jesús indican dónde está la verdadera felicidad y cuales son las actitudes que conducen al hombre a la desgracia. No se formula una “ley”, sino una llamada a todos, comenzando por los discípulos.

Domingo VII

1ª. Perdonad y seréis perdonados

1 S 26, 2. 7-9.12-13. 22-23

La lectura del Antiguo Testamento nos coloca ante un caso de liberalidad y de respeto a la vida del enemigo y a su persona ungida por el Señor como rey de Israel. El relato es fascinante; lo es más si se le encuadra en su contexto. En efecto, el Señor se arrepiente de haber ungido a Saúl (1 Sam 15, 11.35). Por el contrario, el Espíritu del Señor vino sobre David (16, 13), que había de suceder a Saúl. Las circunstancias de este episodio en que se ve a David perseguido por los soldados de Saúl, se ponen muy de relieve. El compañero de David, Abisai, reaccionó como reaccionaría cualquier hombre: Saúl ha caído en sus manos, el hecho es providencial, y hay que aprovecharlo. En cambio, la reacción de David, precisamente por estar inspirado por el Señor, es completamente distinta: tiene un respeto instintivo a la elección hecha por Dios y a su acción; se niega a descargar su mano sobre el rey que, aunque reprobado, había recibido la unción del Señor, como rey de Israel. David confía en el Señor y en su justicia. «El Señor -grita David a Saúl- recompensará a cada uno su justicia y su lealtad». Pero no quiere tomarse la justicia por su mano. Abisai había entendido que el Señor le entregaba en sus manos a David, pero David prefiere respetar los planes mismos de Dios y quedar a la espera de la justicia divina.

2ª. Nosotros, que somos imagen del hombre terreno, seremos imagen del hombre celestial

1 Cor 15,45-49

San Pablo escribió a los Corintios lo que pensaba acerca de la resurrección. Aquí le interesa puntualizar lo que él considera esencial en el hecho de la resurrección, al que vincula nuestra fe.

No se puede hablar sin más de una simple continuidad entre el cuerpo terrestre y el cuerpo resucitado. Ambos son cuerpos, pero sus características son netamente distintas, opuestas incluso. Para explicar estas características antitéticas, cuerpo animal-cuerpo espiritual- acude Pablo a la conocida especulación judía sobre el primer y segundo Adán: el Adán de Gn 1, creado a imagen de Dios, ser celestial, modelo de la humanidad; el Adán de la redacción de Gn 2, sacado del barro, ser terreno y mortal. Pablo se inspira en este tema de la teología rabínica pero, como es habitual en él, lo reinterpreta con gran originalidad. Para Pablo el segundo Adán, el cuerpo espiritual a quien deben equipararse los creyentes, es Jesucristo resucitado. Y notemos que "espíritu" en la tradición bíblica no es sinónimo de inmaterialidad, sino más bien de fuerza, de vitalidad, de poder, de creatividad. En esta onda se mueve Pablo que habla con toda naturalidad de cuerpo espiritual. La transformación del cristiano alcanza también al cuerpo, y se comienza ya en esta vida por la asimilación de los comportamientos de Cristo: "sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso".

Evangelio: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian"

Lucas 6,27-38

El Sermón de la llanura, como el Sermón de la montaña de Mateo, reúne las grandes exigencias de Jesús. Esta colección de palabras importantes ilustra especialmente el perdón y el amor a los enemigos, característicos del evangelio. De hecho, Jesús espera de sus discípulos que se comporten como Dios mismo: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso».

El texto central de este discurso lo encontramos en Lc 6,27-30. Aquellos que aparecen como *dichosos* en las bienaventuranzas, se encuentran en una nueva relación con Dios (son sus hijos, Lc 6,36). Y esta nueva relación engendra un nuevo comportamiento con los demás. Lucas nos dice que los cristianos han sido transformados en la totalidad de su persona: en sus sentimientos, el amor sustituye al odio; en sus palabras, la bendición a la maldición; en sus acciones, la no violencia sucede a la violencia.

El Antiguo Testamento nos habla de los enemigos de Israel como enemigos de Dios, y del enemigo personal como rechazado por Dios, ya que el justo y el piadoso están bajo la protección de Dios. El odio al enemigo parece, pues, para el Antiguo Testamento algo natural (Sal 35). Para Jesús, sin embargo, todo cambia radicalmente al unir estrechamente el precepto del amor a los enemigos con el del amor al prójimo. Hay, por tanto, que ignorar las barreras creadas por las afinidades y simpatías naturales (Lc 14,12). Se trata de adoptar el comportamiento misericordioso de Dios (Lc 6,35-36) para recrear una humanidad nueva. Por

tanto ningún cálculo humano debe guiar la práctica del amor auténtico. El creyente espera la recompensa sólo de Dios. Haciendo el bien a sus enemigos imita la bondad de Dios, del que ha recibido el perdón de sus pecados. Su amor a los enemigos es la respuesta agradecida al Dios de la misericordia.

Pero ese amor del discípulo de Jesús, que siempre es entendido en el Nuevo Testamento no como un sentimiento sino como una acción y una tarea, debe alcanzar incluso a aquellos que aparentemente no lo merecen: los enemigos, los que te odian, los que te golpean y los que te roban.

La afirmación de Lc 6,31 suele llamarse «la regla de oro» de la caridad cristiana. Nos indica que el amor no se limita a excluir el mal, sino que implica un compromiso operativo para hacer el bien al prójimo. Debemos, sin embargo, rechazar toda comprensión «mercantilista» de la regla. Lo que se busca siempre es el bien del otro y no la estricta reciprocidad, como aparece en los versículos siguientes (Lc 6,32-34). La formulación teológica “como vuestro Padre es misericordioso” tiene una traducción a escala humana: “tratad a los demás como queréis que ellos os traten”.

Domingo VIII

1ª. “El hombre se prueba en su razonar”

Ecl 27,4-7

Este texto determina el ángulo desde el que hay que leer el evangelio de hoy: “No alabes a nadie antes de que razone, porque esta es la prueba del hombre”

Tres imágenes ilustran la tercera parábola de Lucas: la criba, el horno y el fruto. La criba y los desechos que en ella quedan: así la palabra del hombre deja ver sus verdadera realidad; el horno, que pone a prueba la vasija del alfarero: así la forma de razonar prueba al hombre; y el árbol y sus frutos: así la palabra pone al descubierto los sentimientos del corazón. Aunque el arte de la mentira puede ser grande...y las palabras siempre podrán ser mentirosas. Como acostumbra, Ben Sirá quiere ser prudente y realista; no siempre tiene una gran opinión de sus semejantes. La imagen del árbol bueno suele aplicarse al justo (*Salmo 92/91*).

La lectura evangélica utiliza el mismo proverbio sobre el árbol que es conocido por sus frutos. Se trata de saber discernir los secretos del corazón humano a través de sus palabras. Lección de sabiduría humana sobre la que Jesús vuelve con frecuencia: en el núcleo de toda religión y de toda relación, más allá de las apariencias y de las clasificaciones, está el corazón, donde todo se ventila, el secreto de la conciencia que Dios conoce.

2ª. “Trabajad siempre por el Señor, que no dejará sin recompensa vuestra fatiga”

1 Co 15, 54-58

Este es uno de los pasajes más esperanzadores para la vida del cristiano. San Pablo ha empezado ya a hablar de la resurrección. En los domingos 6º y 7º hemos oído sus reflexiones a este respecto. Aquí, tiene empeño en puntualizar que «lo que en nosotros es corruptible se convertirá en incorrupción, y lo que es mortal se revestirá de inmortalidad». Pablo utiliza frecuentemente la

expresión «revestir» que, en él, como en otros escritos, no significa en modo alguno una forma exterior, sino una mutación interior. Así, «por el bautismo, nos hemos revestido de Cristo» (Ga 3, 27). Se trata de una transformación radical, de un nuevo nacimiento. Encontramos aquí la misma imagen. Seremos revestidos de inmortalidad. Esta vestidura de inmortalidad es celestial (1 Co 15, 40; 47-50; 2 Co 5, 2). Nuestro cuerpo miserable, escribe también san Pablo, será transformado en cuerpo glorioso como el de Jesucristo (Flp 3, 20-21).

A partir de este momento, el cristiano ha de ver la muerte de manera enteramente distinta de como la ve el que no cree ni recibió el bautismo. En el cristiano se realizarán, dice el Apóstol, las palabras de la Escritura. ¿A qué parte de la Escritura se refiere? El texto paulino resulta de la lectura de dos pasajes distintos: el primero, de Isaías 25, 8, «Aniquilará la muerte para siempre». Trátese o no de una resurrección real en este pasaje, san Pablo lo utiliza en este sentido y lo completa recogiendo otro pasaje: Oseas 13, 12-14: «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?».

Lo que hace horrible a la muerte para todo hombre es el pecado. Pues, de suyo, cabría suponer una muerte que fuera un simple tránsito a la gloria; pero el pecado la hace siempre odiosa. La Ley refuerza el poder del pecado. En lugar de librar de él a los hombres, hace que pequen más. Sólo Cristo puede liberar de la tutela de la Ley (Rm 7, 1-6). La conciencia humana estaba prisionera del mal (Rm 7, 14-25). Pero desde Cristo, la Ley ya no es exterior: el Espíritu la graba en nuestros corazones infundiéndoles la caridad (Rom 5, 5). Tenemos, pues, que dar gracias a Dios que nos da la victoria por Jesucristo.

La vida cristiana, aunque muy realista, ha de ser por lo tanto optimista y libre de temor. En principio, el cristiano es un vencedor de la muerte en Cristo resucitado. En consecuencia, en la vida del cristiano no hay lugar alguno para la verdadera tristeza, ni existe acontecimiento alguno que pueda arrebatarle esta certeza de su gloria en Jesucristo. La muerte es tránsito a la gloria.

Evangelio. “El que es bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien” Lc 6,39-45

A Jesús, de la misma manera que a los predicadores de su tiempo, le gusta hablar con imágenes, en parábolas. Creer en su Buena Nueva resulta exigente y supone todo un estilo de vida.

Los vv. 39-42 dan una advertencia a los que pretenden guiar a los otros y corregirlos: han de estar atentos a corregirse a sí mismos, so pena de merecer el rechazo y la condenación de los demás.

El amor a los enemigos, y sobre todo su perdón, se nos ha dicho anteriormente, son presupuestos indispensables para conseguir el perdón del Padre que está en los cielos, como lo expresa la petición del Padre nuestro (Mt 6,12). El perdón se convierte en uno de los rasgos distintivos del creyente, del que se encuentra en el tiempo de la salvación y ha asumido el comportamiento mismo de Jesús que perdonó a sus enemigos en la cruz (Lc 23,34). Sin embargo, Jesús no pretende condenar la corrección fraterna (Lc 6,41-42). Muchas veces la corrección nace de la caridad y la expresa. Pero las palabras de Jesús nos ponen en guardia para que sepamos primeramente reconocer nuestras debilidades (la viga) antes de intentar corregir los defectos de los otros (la paja). Si obramos así, nuestra intervención correctora será comprendida y respetada.

Los versículos 39 y 40 no tienen correspondencia estricta en el sermón de la montaña de Mateo. Lo que en Mt 15,14 era una crítica a los fariseos, aquí es una advertencia contra los falsos maestros en la comunidad cristiana. Según Lucas, el verdadero maestro será siempre un discípulo del Maestro por antonomasia, Jesús, al que deberá seguir fielmente.

Los vv. 43-45 recogen la parábola de los malos y los buenos frutos: «Cada árbol se conoce por sus frutos», reza el proverbio. Incluso los secretos del corazón del hombre se revelan en las

palabras que brotan de él.

Jesús se dirige siempre al corazón del hombre, bien para exhortarle a la purificación (Lc 6,42), bien para pedirle que hable y actúe en coherencia consigo mismo. Según estas palabras hay una relación íntima entre el centro de la persona, lo que el evangelio llama *corazón*, y el comportamiento externo. Lo que importa no son tanto los hechos cuanto el corazón que está detrás de esos hechos. Oculto a la mirada de los otros, pero conocido por Dios, el corazón es el lugar en que se juega la salvación de la persona, porque de allí provienen el amor o el odio. En última instancia, sólo de un buen corazón nacerá una praxis auténtica. Pero ese principio fundamental no nos debe hacer olvidar que el criterio para discernir la vida del creyente serán sobre todo sus frutos. Dos comparaciones sirven a Jesús para explicar la importancia de las acciones humanas. Por una parte la calidad del fruto nos informa del valor del árbol; por otra, el tipo de fruto nos dice de dónde procede. Así ocurre con nuestros actos. Una vida injertada en la persona y el mensaje de Jesús dará frutos evangélicos. Estos serán ante el mundo el testimonio de nuestra fidelidad y una manera muy concreta de anunciar el evangelio.